

Es para mí un inmenso honor el poder participar en este homenaje al padre Batllori, a quien tanto admiro y quiero, y cuya figura intelectual supera cualquier grado de encarecimiento. Nosotros, historiadores de la literatura que nos movemos en el terreno de lo particular, y con un corpus relativamente cerrado, nos sentimos sobrecogidos ante la visión ampliadísima de la historia que manifiesta el padre Batllori. Como es sabido,¹ el autor, afín a la metodología de Croce, intenta construir una historia en la que la filología se integre con todas las historias: política, económica, social, etc., para construir una auténtica historia de la cultura. Esta construcción es, por naturaleza, efímera, pues la historia no es una ciencia y «se rehace» continuamente. También, como es sabido, la ingente bibliografía del padre Batllori, a pesar de su variedad, se centra en cuatro grandes intereses históricos:

1. La historia de Cataluña en el marco europeo.
2. La historia religiosa y, en particular, la de la Compañía de Jesús.
3. La periodización histórica desde la edad media hasta el siglo XIX, y en particular la de los conceptos Renacimiento, Manierismo y Barroco.
4. Gracián, figura fundamental en la historia de los jesuitas y en el Barroco.

Este último apartado de sus intereses históricos es el que me corresponde tratar en mi intervención como presunto especialista en la materia.²

El macizo —618 páginas— y bello volumen VI de la *Obra completa* (OC) del padre Batllori se titula con toda razón *Baltasar Gracián i el Barroc*. Está constituido por cinco bloques.

1. Véase el volumen dedicado al autor en *Antrophos*, núm. 112 (1990), y en particular la entrevista de Susana BORRAS ALOMAR, p. 11-16.

2. Una excelente exposición de las ideas del padre Batllori sobre Gracián y el Barroco puede consultarse en la colaboración del padre Ceferino PERALTA en el mencionado número de *Antrophos*, p. 40-47. El padre Peralta recoge hasta noventa y una entradas bibliográficas del padre Batllori sobre el tema. En la nota editorial al volumen VI de las *Obras completas*, p. 58, se anuncia la publicación de los restantes estudios sobre los colegios jesuitas de los siglos XV a XVI en el volumen VII.

El primero, el más extenso, está dedicado a la vida y obra de Gracián y en él se refunden su libro clásico *Gracián y el Barroco*, Roma, 1958, y el prólogo a las *Obras completas* de Gracián que se publicaron en la «Biblioteca de Autores Españoles» en 1968. Se utilizan, además, numerosos descubrimientos y novedades incluidos en los bloques siguientes.³

En el segundo bloque se recogen los estudios estético-filológicos. Se estudia la retórica barroca en relación con la *Ratio studiorum* y se dedica un fino estudio a la *Agudeza* y al marginado *El Comulgatorio*.

El tercero está constituido por una serie de «Documents» para la biografía de Gracián y para la historia de su orden durante la guerra de Cataluña.

Una serie de utilísimas «Orientacions bibliogràfiques», esto es, una puesta al día de los estudios publicados sobre Gracián entre 1959 y 1993, son una excelente muestra de la pervivencia del interés del padre Batllori por su compañero de orden, que se inicia, como veremos, en 1928. En estas notas bibliográficas aflora el pensamiento histórico del autor y, además, algunos rasgos de su bondad, como las notas dedicadas a la introducción a Gracián de Conrado Guardiola o al importante descubrimiento de Belén Boloqui de los nuevos documentos sobre la familia del escritor. Y también se muestran unas pinceladas de su delicada ironía, como en las notas dedicadas a la tesis de Benito Pelegrín, que considero oportuno incluir a continuación como muestra del estilo del autor:

En el llarg pròleg de Marc Fumarolli, es manifesta l'agut i erudit historiador i teòric de les retòriques siscentistes de França, però també l'home que coneix la literatura espanyola de la mateixa època d'una manera força remota; si no, no hauria gosat parlar, a hores d'ara i tan repetidament, de la Hispanitat (sempre així, en majúscula. (OC, VII, p. 505.)

[...] en canvi els treballs graciàns de Pelegrín s'han de sotmetre a una crítica seriosa, abans de poder acceptar tot allò que tenen de bo i d'innovador, que és molt, i aïllar-ho de les seves actituds partidistes i infundades, i sobretot d'una constant petulància i pedanteria, molt poc graciànes, per cert —fóra molt de lamentar que aquesta actitud tan arrogant allunyés els graciànistes d'uns estudis tan renovadors, tot i que no tan definitius com l'autor s'imagina. (OC, VII, p. 506.)

Precisament perquè coneix bé l'obra graciàna, Benito Pelegrín s'ha pogut arriscar a proposar una nova clau d'*El Criticón*; ha mirat de trobar-ne el «fil perdut» en l'estricta valor geogràfic de l'itinerari d'Andrenio i Critilo, l'objectiu dels quals fóra Port-Roial. I ha trobat aquell fil al text mateix, que cap dels graciànistes anteriors a ell, simples erudits, no havia sabut veure. Es tracta d'una part de la seva tesi d'Estat, de la qual ningú no ens diu enlloc per què la publica a trossos, i no tota completa, com hom sol fer a França. (OC, VII, p. 508-509.)

El quinto bloque, en fin, recoge varias reseñas, como las dedicadas a las ediciones *El Héroe* y *Oráculo manual* de Romera Navarro (1946 y 1953, respectivamente), y unas calas en la esté-

3. El propio padre Batllori hizo un excelente resumen en el extenso prólogo a su *Antología* de Gracián, publicada en la colección «Temas de España», núm. 122, de Taurus, Madrid, 1983, que no ha tenido la difusión que se merecía.

tica de tres jesuitas: *Tres momentos de la estética española: Gracián, Arteaga y Casanovas*. No ciega al padre Batllori el amor a los de su orden: «No exigamos tanto hondura de pensamiento a Esteban de Arteaga. Gracián es hombre clave de todo el Barroco europeo. Arteaga, el más alto esteta español del siglo XVII, pero nadie se atreverá a carearlo seriamente con Vico o Baumgarten, ni menos con su contemporáneo Kant.» (OC, VII, p. 573.)

Me ocuparé del bloque más importante, el primero, dedicado a la vida de Gracián que, en buena parte, subsume los otros cuatro.

Cuando el futuro padre Batllori marcha a Madrid para completar sus estudios históricos, con queridos amigos, como Xavier de Salas o Díaz-Plaja, eran malos tiempos para los intelectuales liberales. La siguiente epístola de Don Américo Castro a Marcel Bataillon, que estaba preparando la edición del *Enchiridion* de Erasmo, puede servir de muestra de lo que se cernía sobre el Centro de Estudios Históricos dirigido por Menéndez Pidal:⁴

Madrid, 20 de abril de 1928

Querido Bataillon: Al ir a dar a la imprenta su prólogo de *Erasmo*, [Dámaso] Alonso siente un pequeño escrúpulo. Usted conoce la situación en que vivimos, combatidos, en suma, en una situación algo parecida a la que se encontraban los amigos de Erasmo hace cuatrocientos años. Usted comprenderá el disgusto particular que me produce el tener que hablar de estas cosas. En su prólogo (para mi gusto, tan excelente que nada que corregir he observado en él) usted se expresa con el mismo desenfado que lo haría yo o cualquiera que no escribiese en un Centro que es dependencia de un Gobierno de Dictadura y de clericalismo: de un Gobierno que ha castigado a un catedrático por hablar en público de la limitación de la natalidad.

El caso es éste: si publicamos el prólogo tal como está, los periódicos clericales y amigos del Gobierno dirán en seguida que esta Casa es, en efecto, sectaria e irreligiosa, donde se hace toda clase de propaganda nociva. Usted sabe que la Junta [de Ampliación de Estudios] se halla intervenida por elementos nombrados directamente por el Gobierno. Y dado que es así, no cabe más que tomarlo como es o dejarlo.

Hemos hablado Don Ramón, Alonso y yo y hemos quedado en que todo lo que usted dice podría quedar intruciendo algunos cambios de estilo a fin de que todo lo que se dice sobre frailes, supersticiones religiosas y demás aparezca como expresión del punto de vista de los eramistas y no afirmación con valor actual. En este sentido hemos comenzado ya ese trabajo de transposición, que, como le digo, no afectará en nada el contenido. De todas formas se lo remitiremos a usted en cuanto esté listo para que vea si en esa forma se puede publicar el prólogo.

No necesito decirle cuán fastidioso es para mí el ver que se haya adelantado tan poco a los cuatrocientos años de haber celebrado la junta de Valladolid; cierto es que los momentos

4. En breve verá la luz en *Quaderns Crema*, el volumen introductorio de Diego Catalán, que abre el catálogo del Archivo Menéndez Pidal y que constará de ocho volúmenes. Es la citada introducción un estudio apasionante de los avatares del Centro de Estudios Históricos hasta su disolución y diáspora de sus integrantes a partir de la guerra.

son excepcionales y que en todas partes se están removiendo los posos de las cosas más sucias. Que le hemos de hacer.

Dé saludos afectuosos a su señora y reciba un fuerte abrazo de su amigo.

Américo Castro⁵

Estas radicalizaciones venían ya de lejos: desde las polémicas del padre Lampillas y el padre Andrés con los italianos y franceses hasta las que sostuvieron los neocatólicos y liberales a finales del siglo XIX. Había además, otras discusiones que solapaban las anteriores: las que se referían a la periodización y carácter de la historia. Cuando el padre Batllori —que se considera y con razón miembro de la llamada Generación del 27— comienza a investigar, los términos de periodización eran terreno movedizo y sin apenas cimientos. Todo era vago: *prerrenacimiento*, *gótico*, *plateresco*, *Reforma*, *Contrarreforma*, *humanismo*, *Renacimiento* que, procedentes en su mayoría de la historia del arte, pasaron a la historia literaria y pretendían constituirse en períodos históricos. Después de la Primera Guerra Mundial, el término *Barroco*, ya reivindicado estéticamente, se incorporaba desde la historia del arte a la de la cultura en general, al igual que un poco más tarde el *Manierismo*. El joven Miquel Batllori se sintió subyugado por esta situación que tan grata le era para su visión de la historia cultural y dedicó los primeros trabajos al teatro barroco (1928). Entonces comienza su interés por Gracián y, más, cuando entró en la Orden. Él mismo relata estas afinidades especulares con su eximio antecesor:

Aquest interès em va augmentar quan vaig ésser ja jesuïta perquè, per les meves actituds crítiques, jo era considerat com una espècie de rèprobe que seguia les passes de Gracián: i tant se'm va dir que seguia Gracián —què més voldria jo que assemblar-m'hi!— que m'interessà, com a historiador, veure com s'havia forjat aquell home, tema sobre el qual hi havia només un estudi molt feble del pare Eguía Ruiz, que havia vist alguns documents del nostre arxiu de Roma, però sense aprofundir-lo. (OC, VII, p. 577.)

Y aquí comienza su itinerario graciano que dura hasta el presente. Me limitaré a plantear las líneas vertebrales de la tesis del padre Batllori sobre Gracián, que parte de una confrontación con las *reçues* de Don Marcelino y de De Coster —continuadas por Arturo del Hoyo—, para quienes Gracián era no sólo un rebelde sino un resentido con ribetes de hipócrita y malintencionado.

Para rebatir esta tesis, el padre Batllori se armó de defensas sólidas: los archivos secretos de la Compañía en Roma y de un conocimiento profundo de la Orden y del momento histórico en que vivió Gracián.

5. Marcel BATAILLON, *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 362-363. La edición de Bataillon vió la luz, con el prólogo intacto, en 1932. Se prohibió después de la guerra y todavía en los años cincuenta la traducción de *Erasmus y España* (1950) no podía figurar en los escaparates de las librerías (Marcel BATAILLON, *Erasmus*, p. 363).

En la época las «nacionalidades» estaban más marcadas que ahora.⁶ Catalanes, aragoneses, andaluces, gallegos, valencianos, etc., se concebían con unos rasgos caracterológicos muy deslindantes. Ni qué decir tiene que las «naciones europeas» presentaban rasgos notablemente más marcados frente a los «españoles». Gracián insiste en estas diferencias patrias y ajenas constantemente, como también lo había hecho Barclay en el *Satyricon* y en el *Iter animorum*, obras muy difundidas en un volumen, que el jesuita había leído junto al *Argents* del mismo autor, muy bien.⁷ El padre Batllori, que conocía estas rivalidades «nacionales» en la propia orden, toma parte de sus argumentos de esta situación. Indicaré algunos ejemplos, en los que casi —digo «casi»— se incide en un determinismo regionalista:

Poques vegades expressa Gracián opinions tan precipitades amb tan poc coneixement de causa, universalitzacions tan absolutes amb tan escasses dades concretes. Els seus comentaris sobre Aragó són sempre elogiosos; àdhuc quan remarca alguns defectes evidents, els dona una justificació plausible. Els jurídics que emet sobre València i Mallorca són sempre negatius. Sobre Catalunya, se sobreposen dos tipus de valoracions: les que provenen de la seva experiència a Lleida —simples constatacions o elogis simpatitzants— i les provocades per la rebel·lió dels catalans contra Felip IV, i fins i tot en aquest cas es tracta més aviat de planes d'invectives. (OC, VII, p. 76.)

És com si a aquell home reservat, de terres altes i greus, el contacte amb la regió més exuberant mediterrània i meridional de tota la seva província, l'irrités. (OC, VII, p. 78.)

Los jesuitas, como es sabido, y mejor gracias al padre Batllori, hacían regularmente un análisis caracterológico de sus miembros de acuerdo con la teoría de los humores. Gracián es personaje complejo, pues tanto es colérico, como melancólico, según los informes de sus colegios. También aquí el padre Batllori asume para su interpretación las referencias que sobre Gracián dieron en los distintos lugares y tiempos los informantes:

[...] en aquesta època (1624) el seu caràcter cal·ligràfic ja és definitivament format, i l'estil ja posseeix una plena seguretat. Això es pot atribuir a una duresa prematura davant l'espectacle poc edificant que oferia el col·legi de Saragossa en aquells atzarosos anys de borrasca; i d'aquest canvi psicològic, principi del seu reconcentrament (cap a l'interior, en tenim una prova en els informes oficials que d'ell donaven els seus superiors). Quan començà els estudis de teologia, el 1625, hom el tenia per colèric i sanguini; el 1628, tot just acabats els seus estudis, era jutjat de biliós i malencòlic. (OC, VII, p. 55.)

[...] a València, durant la tercera seva aprovació (1630-1631), s'enfrontà per primera vegada amb els valencians, i es confirmà, per contrast, el seu ferm aragoneisme; a Lleida, de 1631 a 1633, experimentà la bella i lleial amistat dels catalans. (OC, VII, p. 59.)

6. Vid. Miguel HERRERO GARCIA, *Idea de los españoles del siglo XVI*, Madrid, Voluntad, 1928.

7. Vid. Carlos VAILLO.

En aquellos años se desconocían los documentos publicados —en 1993— por Belén Boloqui sobre la familia de Gracián. El padre Batllori, en la línea de las intuiciones, generalmente válidas, de Américo Castro, conjeturó que el escritor procedía de una familia de cristianos nuevos. Quizá sea ésta la parte más débil de la biografía de Gracián, pues los documentos descubiertos por Boloqui demuestran que la familia del escritor era hidalga, infanzones, y con un buen pasar, a pesar de que nuestro famoso jesuita había nacido al lado del *río Peregil*, que él nunca menciona. De donde se infiere que no siempre las conjeturas conducen a buen puerto crítico.

Interesado, como es lógico y necesario, por la formación del Gracián lector, Batllori analizó los documentos sobre las bibliotecas en las que Gracián había estudiado. El panorama es desolador. En la Corona de Aragón eran, sencillamente, un desastre: «las librerías, por la maior parte, estaban perdidas» (carta al padre Viteleschi del padre Martí Pérez en 1643, p. 27); «que algunos, quando se mudan de un colegio a otro, llevan consigo libros, con color de que son prestados de otra casa o de algún seglar» (carta de 1638, p. 28). Algunos suelen «tener en sus aposentos los libros comprados con limosnas, sin escribir el nombre del colegio ni aplicarlos, contentándose con poner unas letras o cifras a su modo» (carta al padre Nickel, p. 28).

Para el padre Batllori no fue un enigma que Gracián no se apuntara a las misiones como numerosos compañeros de su orden lo habían hecho. Gracián iba para profesor.

Moltes d'aquelles difícils situacions, tan repetides que arriben a constituir una veritable constant històrica, tenen llur explicació en la manca de tensió intel·lectual dels col·legis quan la tensió espiritual, directament apostòlica, donava un contingut elevat a la vida interior i religiosa —com els succeïa a moltíssims que recorrien els pobles en la missió, o partien amb il·lusió a les Índies orientals i occidentals—, la província de Gracián, com qualsevol altra o més, donava personatges de la talla de Jeroni López, el gran missioner popular del segle XVI, o d'un Pere Claver, l'heroic apòstol dels negres a Cartagena d'Índies. (OC, VII, p. 31.)

Gracián no fue a las misiones, pero tuvo que soportar las convivencias con sus compañeros de orden en Tarragona y en Valencia. Todos pertenecían a distintas lenguas y provincias. En Tarragona, por ejemplo, había cinco catalanes, cuatro aragoneses, dos mallorquines, uno de Castilla y doce de Valencia. No se llevó demasiado bien con estos últimos. Algunos juicios de Gracián sobre éstos ya se han transcrito.

Durante estos años, tuvo Gracián que hacer los ejercicios espirituales, que se llevaban a cabo durante un mes en el noviciado y una vez al año durante una semana después. Tras los votos, los jesuitas no podían salir de la orden a no ser que fueran a una de mendicantes, que es lo que pide Gracián en los últimos años. Los ejercicios espirituales dejaron huella en Gracián y, sobre todo, en *El Comulgatorio*:

Llur influència és encara més notable pel fet que en els seus escrits Gracián fingeix sempre una moral laïcitzant, més filosòfica que teològica, més tots fonamentada en la raó huma-

na que en la revelació divina, en fi, la moral en voga, tal com demanava l'època —la de Descartes—, la que seguirà a la de Suárez, el filòsof i teòleg jesuïta que havia donat valor substantiu a la metafísica, com a atri de la teologia, però separada d'aquesta i independent-zada.

No sorprèn, doncs, que qui practicava amb tanta freqüència els *Exercicis* de Sant Ignasi i tenia aquest llibre com a base de la seva hora diària de meditació, quan es convertí en moralista traspassés a un pel filosòfic l'ascètica ignasiana tan adequada al seu vigorós temperament aragonès. (OC, VII, p. 42.)

[...] i si Gracián en té un concepte més pessimista que Loiola, és perquè aquest fou contemporani del Renaixement i aquell del Barroc; aquella veu l'home caigut i redimit, mentre que aquest es complau a entrefilar picarescament les misèries de la natura humana concebuda en el pecat. (OC, VII, p. 43.)

Aspecto capital en la tesis del padre Batllori tanto sobre Gracián como sobre el Barroco es la influencia de la *Ratio studiorum* que es esencial para la estética literaria del periodo: «Però qui conegui la identificació que es dona en Gracián entre la personalitat i l'estil, entre el temperament i les elucubracions estètiques, haurà de reconèixer que la seva barroquitació de la jesuítica *Ratio studiorum* (car en això consisteix, en definitiva, l'*Agudeza*) havia de tenir l'origen en les predileccions literàries dels seus anys juvenils i en les noves experiències viscudes aquests tres anys de docència humanística a Calataiud.» (OC, VII, p. 62.)

La primera *Ratio studiorum*, confeccionada por los padres Polanco y García, pertenecería, según Batllori, al segundo Renacimiento, mientras que en la de Pere Joan Perpinyà se esquemmatizan los cánones de la segunda: «Per això, encara que el text oficial i definitiu és de final del segle XVI, la *Ratio* reflecteix un estadi anterior: el dels darrers lustres del segon renaixement i el primers de l'incipient Barroc, l'època que en la història de les arts plàstiques correspon al Manierisme, i en l'Església als inicis de la Contrareforma». (OC, VII, p. 62.)

Aristotelismo y *Ratio studiorum* se constituyen así como los pilares de la estética barroca:

Doctrines, doncs, coincidents, la jesuítica i l'espanyola, que prenen Aristòtil com a punt de partença. Però, durant el Barroc, l'estètica aristotèlica de la imitació és substituïda per l'estètica de la invenció [...] La *Ratio studiorum* permetia als estudiants de lletres en general, en determinats casos, l'exercici dels *emblemata* o empreses, i els recomanava als del curs de retòrica «però amb moderació». N'hi hagué prou de no fer cas del *modice tamen* per a explicar-nos tota la florida d'odes jeroglífiques que caracteritzà la literatura pejorativament jesuítica de la dissetena centúria, però que almenys té el mèrit d'haver ferit de mort, àdhuc a les escoles, la freda retòrica de la imitació. (OC, VII, p. 63.)

Esta concepción de la importancia de la *Ratio* lleva a Batllori a restar importancia a la estancia de Gracián en Huesca, en la inmensa biblioteca de Lastanosa, que serviría para completar la formación cultural del autor, pero su apuesta estética era ya anterior:

Un fet, a parer meu, transcendental en la vida del pare Baltasar és el que refereix la carta *annua* de 1635: la compra de *praeclara recentiorum volumina* per a la biblioteca, per valor de quaranta ducats. Per primera vegada crec, Gracián tenia a l'abast un tresor de llibres moderns —d'autors moderns, *recentiorum*. N'hi devia haver de teologia i filosofia escolàstiques, sens dubte, però no oblidem les inclinacions barroques del rector pare Albert. Això, el 1635. El 1636 pot disposar, a Osca, dels prodigiosos cabals bibliogràfics de Lastanosa. I el 1637 apareix *El Héroe*. Si a Osca, doncs, comença de segur, la carrera del Gracián publicista, a Gandia, pàtria del conceptuós Ausiàs Marc, comença, molt probablement, el camí ardu i gloriós del Gracián escriptor. (OC, vii, p. 85.)

Central es también la «bipolaridad» de la obra graciana, y es uno de los aciertos más notables del estudio:

Tot i admetre la bipolaritat persona-erudició de tota la seva obra, el conjunt dels seus escrits pot dividir-se i agrupar-se segons la tensió o distensió d'un d'aquests pols respecte de l'altre: el predomini de l'element personal sobre l'erudit dóna un segell propi a *El Héroe*, *El Discreto* i l'*Oráculo*. La hipertensió del factor erudit és patent a *El Político* y a l'*Agudeza*; amb l'equilibri, amb la fusió harmònica y perfecta d'ambdós elements n'hi hauria prou, si no tingués altres mèrits per a donar la primacia a la seva obra màxima, *El Criticón*. *El Comulgatorio* (1655), producte forjat en motlles d'escola, queda al marge d'aquesta divisió bipolar. (OC, vii, p. 88.)

En resumen, la obra de Batllori es, como se ha indicado, la antítesis de la tradición de Don Marcelino y Coster. Y, sobretodo, el intento de salvar la compleja relación de Gracián y su orden. Y de presentar a un Gracián espíritu independiente, pero no rebelde.

Todos los que nos dedicamos al estudio de la época, agradecemos infinito la publicación de este volumen vii dedicado a Gracián y al Barroco.